

CARLOS VÉJAR LACAVE

AYER

Y

HOY

ME GUSTA considerar a la medicina moderna saliendo del espíritu luminoso de *Pasteur*: y me gusta hacerlo porque al igual que *Hipócrates*, buscó en los fenómenos cotidianos la causa de las enfermedades, apartando el empirismo y dando brillo a la ciencia.

Ya *Claudio Bernard*, su contemporáneo, aplicaba esa ciencia a los fenómenos fisiológicos; todo lo que acontecía en el organismo tenía una explicación racional. Si en la sangre y en los tejidos circulaba la glucosa, por fuerza debía haber órganos encargados de su producción, de su asimilación, de su destrucción y eliminación. Y esas funciones que él estudiaba en el sano, se modificaban en el enfermo, siguiendo un determinismo inexorable que podía predecirse científicamente.

Virchow, en Alemania, estudiaba en la estructura lo que el gran francés en la función, haciendo nacer la anatomía patológica y buscando también por su lado las causas de la muerte.

Así nació esta Era Científica en nuestra profesión, que crece y crece ante nuestros ojos desde la aventura maravillosa de *Koch*, *Hansen* y *Yersin*, observando y experimentando, cual nuevos Cristóbal Colón, en el mundo de los microbios, hasta los grandes: *Roentgen* con sus rayos X, *María Curie* con el radio y *Domagk* y *Fleming*, con las Sulfas y la Penicilina. ¡Cuánto bien han hecho y cuánto dolor han calmado fecundando el empirismo con el espíritu científico!

La epopeya de nuestra amada profesión no tiene paralelo en los fenómenos históricos; si cierto es que han conocido las vías paralelas, la

medicina, se ha adelantado en sus concepciones y contempla un panorama que el mundo expectante aún no acaba de integrar.

Hemos visto ingresar al terreno médico las ciencias básicas: como la matemática, la física, la química, la antropología, la psicología, la estadística, la sociología, la política y aún la filosofía y la religión. Ellas han fecundado en tal forma nuestra actividad, que puede decirse, sin ningún temor a equivocarse, que el médico ha abandonado ya el cúbito en donde se sentaba a escuchar las tribulaciones de su paciente, para lanzarse hacia el ajetreo de la continuidad, convivir con hombres de todos los tipos y de todas las designaciones y elaborar un plan que lleve la salud y el bienestar a sus congéneres.

Nunca lo entendieron así nuestros maestros, cortados en el perfil individualista más recalcitrante y que oponían inclusive el avance científico, su antipatía por todo aquello que no fuera la vieja clínica entonces y ahora hay dos posiciones extremas, ambas dañinas. Palpar correctamente el vientre, auscultar metódicamente un corazón o hacer un cuidadoso tacto vaginal eran las metas justas de estos maestros que desdeñaban el laboratorio, y aunque podemos decir ahora que la medicina es mucho más que eso, cabe también afirmar, con especial énfasis, que no puede tampoco estar asentada solamente en los estudios complementarios, que desgraciadamente conquistan cada día más a nuestros jóvenes ejercitantes. Es lamentable, y lo hemos observado con frecuencia, que el interrogatorio sea pobre, que la exploración sea incompleta y que al terminar el examen clínico no haya aún en la mente del médico un diagnóstico, y que espere el resultado en una serie radiográfica, de un examen de materias fecales o de un Papanicolaou para emitir el veredicto de la enfermedad. Como en tantos casos la virtud está en el justo medio. *Marañón* criticando la medicina dogmática afirma: "La medicina sigue siendo un arte. Y hay que aplicar con arte —y no con dogmatismo— los asombrosos conocimientos actuales, lo mismo que con arte aplicábamos los viejos conceptos médicos, que, muchas veces, tenían también a pesar de su empirismo, un fondo de admirable buen juicio. Este es el consejo más eficaz que un médico avezado debe dar a un médico joven. Es decir, que hay que mezclar el arte con la pura ciencia, para que el arte se haga, en lo posible, exacto, y para que la ciencia pierda el peligro del desvarío dogmático. Y aún hay que añadir a la mezcla, a veces, un poco de magia".

No podemos por tanto, olvidar en unos cuantos años la sabiduría de siglos. Muchos recordamos aún maestros respetables que hacían cual orfebre su diagnóstico, como si fuera una creación artística; que usaban sus manos, sus dedos, la vista, el olfato y el oído; que llevaban en su mente un razonamiento perfecto derivado de semiologías casi perfectas, y que por fin integraban síndromes, verificaban lesiones y buscaban etiologías. No puedo menos, por honor a su memoria, que aconsejar ese camino sin despreciar tampoco las aportaciones que los tiempos nuevos, en sus múltiples y versátiles exploraciones complementarias, dan al facultativo para afinar su diagnóstico confirmando o contradiciendo su impresión clínica.